

Espejos

Francisco Oliva

No hay realidad más cierta que la de los espejos. Ellos jamás mienten. No somos más que su reflejo, la ilusión de ser. No nos vemos en ellos, ellos se ven en nosotros. Ellos existen, nosotros no.

La primera vez que lo vio, se vio. Era una noche en la que el frío alquilaba una estancia en lo más profundo de los huesos. Las calles estaban llenas de personas caminando muy juntas, como si de esa manera pudiesen sumar y compartir unos con otros el poco calor que aún quedaba dentro de sus abrigos. Lo siguió hasta la calle México. Era un vecindario sombrío, al cual la luz no llegaba ni de día. En él la oscuridad se había instalado de manera perpetua. Estaba rodeado de despoblados parques y de voces de niños que parecían surgir de los cimientos de las casas. Lo vio ingresar, casi con desdén, a un edificio de apartamentos revestido de ladrillos cohesionados con mierda de paloma.

Subió por la escalera del edificio de enfrente sólo para descubrir que desde la terraza del mismo podía divisar claramente su departamento. Luego de observarlo observar la noche desde el balcón, decidió irse. Esa noche se acostó temprano para madrugar y recorrer la ciudad para alcanzar a verse salir de su casa.

Con el tiempo no le era difícil seguirse de la casa a la universidad, a la oficina, al mercadito y de nuevo a la casa. Poco a poco se fue conociendo. Conoció a su esposa, una mujer de belleza antigua, rostro sufrido y pasos cortos. Conoció a su hijo, su vivo reflejo.

Una tarde, luego de la oficina, caminó con sus pasos hasta detenerse para comprar una botella de vino.

Luego fue al puerto a recibir a un amigo. Lo llevó a su casa, llegaron alrededor de las ocho. Allí su esposa los esperaba con una deliciosa cena.

A la mañana siguiente, no entendía por qué tenía tanta hambre a pesar de haber cenado tan bien.

Pronto supo que lo correcto era mudarse a la terraza. Así podría verse todo el tiempo. Escudriñar cada movimiento de su casa, cada encender o apagar del televisor, cada beso a su esposa, cada risa de su hijo. Se llenaba con su comida, respiraba con sus pulmones y cuando las luces se apagaban, dormía plácidamente con su sueño.

Cada mañana caminaba hasta su trabajo en el banco, se esperaba hasta la hora de almuerzo, se observaba comer en el restaurante de la esquina. Luego regresaba para esperarse a terminar su jornada e irse a casa.

Aquella tarde el sol se había ido de viaje. Una leve bruma azulada cubría el pálido cielo. El camino hacia el puerto fue más largo de lo normal. Era como si la ciudad se hubiese sumido en un extraño letargo vespertino. Los carros, las personas, incluso las aves se movilizaban como si estuviesen bajo el agua. Lenta, pausada, pesadamente. Se vio subir al barco y pararse cerca del andén de estribor.

Las personas no paraban de ingresar al barco; eran como hormigas entrando a su nido llevando consigo todo tipo de cosas: portafolios, ilusiones, libros, regalos para la tía... Parecía que todos los habitantes de la ciudad hubiesen decidido súbitamente viajar al mismo tiempo al otro lado de la bahía. Era un enredo total de pasos, voces y olores. Se observó apoyarse en uno de los barandales mientras las olas golpeaban firmemente el casco del barco, haciendo tambalear hasta la más firme de las voluntades. Se miró caminar con dificultad entre la multitud, siendo empujado por la prisa de cada cual. Era como si creyeran que mientras más fuerte se empujasen unos a otros, mayor impulso le darían al barco para llegar a su destino. Se paró por primera vez junto a sí mismo. Se empujó un poco, como sin querer.

Entonces las olas martillaron el barco con inusitada potencia, mientras el viento mecía con fuerza la conciencia de todos. Una enorme ola levantó su cabeza en el cielo gris y cayó imponente sobre la cubierta del barco. Fue como ver caer fichas de dominó, unos tras otros y con cierto orden los viajeros se mezclaron en un grito como de montaña rusa.

Se vio tambalear y tratar de asirse desesperadamente a algo. Trató de agarrarse a sí mismo. Por un instante sus dedos se tocaron, sus miradas se cruzaron y entre la sorpresa y la desesperación se vio caer por la borda directamente hacia las fauces del océano. Mientras caía en un viaje interminable, se vio agitar sus manos para hallar solamente el aire húmedo de aquella tarde extraña. Se vio luchar con todas sus fuerzas contra el definitivo abrazo del mar. Se vio hundirse y salir varias veces buscando una bocanada vital. Hasta que dejó de verse, hasta que solo quedaron la espuma de las olas y el aliento de la tormenta cubriendo el silencio.

88

Lo hallaron unos días después unido en un abrazo interminable con las arenas de la playa, enredado cariñosamente con algas color marrón. Tenía en su rostro la triste expresión del adiós.

Lo enterraron esa misma tarde. Se vio descender lentamente a su morada final mientras surgía en su corazón el firme deseo de abrazar a su esposa e hijo. Los miró con la triste frustración de saber con certeza que los difuntos no consuelan. Se quedó allí eternamente mirando su tumba mientras reflexionaba lo extraño que era estar vivo habiendo ya muerto.

Francisco Oliva. Quito, 1970. Director creativo publicitario desde 1996. Ganador de varios premios nacionales e internacionales de creatividad. Ha realizado diversos cursos de publicidad, redacción, creatividad y guion cinematográfico en Ecuador y en el extranjero. Fue tallerista del escritor Miguel Donoso Pareja. *La muerte es cuento* (2017), libro del que fue tomado este relato, es su primera publicación.